

SOBRE JUDIOS CATALANES

No sólo el Concilio ha actualizado entre nosotros la existencia de los judíos. En estos últimos años la Prensa ha aireado con visos de normalidad un tema que, desde la expulsión, parecía reservado a los especialistas. Concretamente, en el área catalano-baleare, al buscar los historiadores el substrato de nuestro pueblo, encuentran cada vez más raíces judías. Un semanario de aquí publicó hace poco tiempo un reportaje sobre la sinagoga de Barcelona, una de las pocas que hay en España. La creación de la hermandad judeo-cristiana ha sido recibida, en general, con simpatía, y yo mismo recuerdo haber visto pasar un entierro judío por las calles barcelonesas, hecho que no dejó de producirme la sensación de lo insólito, sobre todo cuando recordaba mis días de infancia, cuando en Semana Santa íbamos a "matar jueus" con una especie de juguete que metía mucho ruido y que llamábamos "carrau", palabra indudablemente onomatopéica.

En la monumental y documentadísima obra de Julio Caro Baroja "Los judíos españoles", el estudio de los de Cataluña y Baleares parece bastante incompleto. Por doquier nos sorprenden en la toponimia nombres de raíz hebrea: en el pueblo donde paso mis vacaciones existe un hontanar plantado de avellanos que se llama popularmente "el fossar dels jueus" (el cementerio de los judíos). Y no hace falta recordar, por archisabido, el monte judío (Montjuich) que sirve de atalaya al puerto de Barcelona.

Hace unos meses un libro de Miguel Forteza ha puesto al rojo vivo la actualidad del tema judío en Mallorca. Este investigador y poeta ha levantado un revuelo inusitado en la dorada isla al demostrar que los "chuetas"—antiguos judíos conversos—no se circunscriben a una docena o poco más de familias ya marcadas por el dedo popular, sino que muchos confortables "botifarres" (es decir, linajes sin cruces con familias hebraicas), que creían poseer una sangre

muy aria, resulta que, según investigaciones de Forteza, también son de origen judío. Ira, desazón, réplicas en la Prensa, tal ha sido el resultado de la publicación del libro de Forteza, el cual es asimismo "chuetá" por el apellido. Estas reacciones me producen, a estas alturas de la historia, una cierta sorpresa.

Pero el tema puede dar aún mucho de sí, y nos falta un gran estudio, tan científico y con intención exhaustiva como el de Caro Baroja, para la zona catalano-baleare, pues no son suficientes ni un librito de Rahola sobre los judíos de Cataluña ni varios estudios aparecidos en revistas eruditas. Al parecer, algún historiador joven, como Jorge Ventura, va recogiendo materiales. En realidad, quedan todavía fondos documentales inexplorados en archivos particulares y en pequeños pueblos. Una obra monumental, escrita con espíritu objetivo, acabaría con muchos prejuicios y recelos y demostraría el alcance de la influencia hebrea en nuestro substrato antropológico.

A este respecto quiero recordar un viejo artículo de José Pijoan, el trotamundos que escribiera "Historia del Arte" e "Historia del mundo". A la sazón—en 1905—pasó por el barrio judío de Roma y se encontró con que se hablaba allí una jerga casi incomprensible, sembrada de antiguas palabras catalanas y castellanas, y hasta recogió la información de que en Livorno, hasta finales de siglo, había una imprenta especial para los judíos españoles. Fue en Livorno donde conoció a un profesor israelita que le dijo que su madre y sus hermanas hablaban el castellano y sabían antiguas cantigas. Pero Pijoan nunca pudo arrancarles una sola palabra. "En cambio—termina Pijoan—, cuando yo hablaba en castellano, hubierais visto cómo escuchaban aquellas tres cabelleras negras... y la madre... la madre, medio tullida, fijaba en mí sus ojos ansiosos desde la penumbra."—
A. MANENT.